

CRÓNICA DE UN APOCALIPSIS ANUNCIADO.

Análisis en torno la crisis del covid-19.

Carlos Herrero Starkie

27 de Abril 2020

No son momentos para disertar sobre arte, o al menos no en primera instancia, si no para reflexionar en torno a la situación dramática que estamos viviendo al unísono todos los habitantes del universo. Por eso, en esta ocasión, me permitiré solo trasladarles mi pensamiento sobre la crisis actual del covid 19.

Dejo para un ulterior análisis las consecuencias que pueda tener en el mundo de la cultura y muy en especial la forma en que el mundo del Arte debiera de reaccionar ante este desafío; aunque sí les adelantó que habría que esforzarse en interpretar esta crisis en términos de una oportunidad única para reaccionar y protagonizar un salto cualitativo a nivel artístico, en consonancia con la regeneración que debe producirse en el ámbito económico, social y político.

En mi anterior blog de Marzo, terminaba de forma premonitoria con la cita de Voltaire "il faut cultiver notre jardin"

Aunque estaba incipiente, todavía no podía sospechar la dimensión y trascendencia del huracán que se estaba desencadenando con la pandemia del coronavirus SARS- COV-2 que actualmente está asolando el mundo y minando nuestra forma de vida.

La virulencia con la que se ha propagado, el carácter dramático de su índice de muertes, y como se está cebando con nuestros mayores, la sensación de humillación que estamos sufriendo todos sin excepción al vernos desprovistos de nuestros derechos fundamentales, unido a la perplejidad de que esta situación pueda estar ocurriendo en una sociedad supuestamente avanzada y falsamente inmune, todo ello nos ha cogido de forma tan imprevista que apenas atisbamos a reaccionar, aceptando, por miedo a lo desconocido, como un mal menor, un cambio radical e inmediato de nuestras costumbres.

Un cambio impuesto por el gobierno de turno que nos haya tocado en suerte tener durante este momento crítico, el cual debiera de asumir un role, hoy en día caído en desuso e incluso en descrédito, como es el de ser líder de esta cruzada. Un gobierno dirigido por un capitán al que podamos exigir una eficacia en la lucha contra la epidemia y responsabilidades si se extralimita en la forma que conculca nuestros derechos, al tiempo que no se achique en sus decisiones, por muy impopulares que pudieran ser. Una personalidad Churchiliana, paternalista, receptiva, sincera, empática, convincente que, apoyada por un gabinete técnico, nos pidiera esfuerzos, pero que a la vez transmitiese confianza con su determinación y buen juicio para sacarnos de esta situación crítica y, sobre todo, asumiese su papel como una responsabilidad histórica. Sin embargo, muy pocos o quizás ninguno de los estadistas occidentales han estado a la altura de las circunstancias. Las únicas excepciones son el portugués, Antonio Costa el gobernador de Nueva York, Andrew Cuomo y la primera ministra de Alemania, Ángela Merkel.

La ausencia de previsión y de un orden de prioridades, la improvisación, el retraso en la toma de decisiones y la falta de rapidez en la ejecución de las

mismas ha sido la norma general de actuación de unos gobernantes que a duras penas pueden camuflar su ineficacia detrás del chorreo de recomendaciones y datos de un comité de científicos o técnicos que actúan, ahora sí, a su servicio. Estos, como es lógico, recomiendan el confinamiento casi perpetuo, como la medida más segura y en ellos se escudan los gobiernos para esconder su temor a no ser capaces de enfrentarse al virus con suficientes armas que no pueden ser otras más que sanitarias, de protección y detección del virus.

En consecuencia, no nos sintamos acomplejados al declarar como ciudadanos que el gobierno tiene la obligación de garantizarnos otra salida que no sea la paralización absoluta de nuestra economía y de nuestras relaciones sociales, porque llevado al extremo puede ser peor el remedio que la enfermedad. Sin duda hay que priorizar la salud, pero no dejemos de estar conscientes de que, cuanto más días pasemos confinados, más nos va ser difícil salir de la crisis económica que se nos echa encima, algo que llevado a escala internacional puede significar un vuelco del orden mundial de las potencias económicas basado en vencedores y vencidos, unido al desarrollo de muchas de las amenazas que soporta el sistema y no podemos soslayar, como la quiebra de los Estados, el impago de las pensiones a nuestros mayores, el colapso de sistema bancario, la desmembración de la UE y, por muy insospechado que pueda parecer, el declive de los sistemas democráticos en favor de formas de gobierno mucho más personalistas y en alguna medida totalitarias.

No puede dilatarse ni un día más de lo estrictamente necesario el fin del confinamiento porque está en juego la supervivencia de nuestras empresas, el empleo de millones de trabajadores y mal que les cueste aceptarlo a muchos, el estado bienestar. No sirven argumentos epidemiológicos como

que el brote pueda subir en invierno, porque es muy probable que crezca en determinados momentos hasta que no se descubra una vacuna y seguro que sufrirá un incremento durante la denominada "desescalada" y con la proliferación de los más que necesarios tests. Sin embargo, justamente por eso, porque el virus no se mitiga por el mero paso del tiempo, el confinamiento total y no selectivo, por si mismo, no es una solución; los gobiernos tienen que utilizar el tiempo que les hemos estamos dando todos los ciudadanos con nuestro esfuerzo para garantizar unos servicios sanitarios acordes al nuevo escenario y hacer frente, en su caso, a un nuevo envite del virus, masificando los tests y dirigiendo ciertas industrias a la producción masiva de mascarillas, guantes, respiradores, tal y como se haría en una economía de guerra. No podemos aceptar que los gobernantes extiendan en el tiempo medidas totalmente excepcionales con la excusa de la salud pública para imponer un régimen semi-totalitario, que asole nuestra economía y convierta al individuo en un pelele subsidiado por el estado, tengamos muy presente que esta forma de actuar por parte del estado es sin duda un peligroso precedente que no puede institucionalizarse cada vez que entremos en crisis. Está en juego nuestro estado derecho, la idea de progreso inherente a nuestra civilización occidental y a su supervivencia como modelo político económico y cultural. De lo contrario, no solo habrá que estudiar el cómo y el porqué de esta pandemia, si no hasta que punto fue necesario el sacrificio de los derechos de los ciudadanos y en qué medida el gobierno es responsable de haber prolongado el colapso de nuestra economía como consecuencia de su manifiesta incapacidad.

Todos aquellos que hemos nacido a partir de los años 50, hemos vivido una sociedad en su conjunto privilegiada por no haber sido tocada en momento alguno por esa sensación de Apocalipsis que la mayoría de las generaciones históricas sí que habían vivido en alguna ocasión. Sin duda hemos tenido

crisis políticas, como aquellas consecuencia de la guerra fría, el temor a una conflagración atómica y, económicas, como la del petróleo en el 73, la de las hipotecas subprime en 2007, la del pinchazo de la burbuja de las puntocom en 2010, pero como tal, no ha vivido una guerra en su territorio, ni hasta ahora una pandemia mortal como las que vivieron nuestros antepasados a principios del siglo XX.

El mundo moderno, sumido en un consumo en masa galopante e irrefrenable desde la segunda mitad del siglo XX, nos ha convertido a todos en unos seres mimados, muy protegidos por el estado del bienestar, en unos individuos contentos de nosotros mismos, con mucha habilidad técnica, pero algo pueriles y con muy poca sensibilidad para analizar asuntos de ámbito general; en unos ciudadanos muy exigentes pero que en su mayoría no hemos realizado esfuerzo alguno por alcanzar este estado de plenitud material que, en mayor o menor medida, gozamos todos; lo concebimos como algo que nos viene dado, como un derecho universal que los estados deben proteger a toda costa. Todos los habitantes de las sociedades avanzadas nos consideramos iguales, con derecho a trabajar, a viajar en vacaciones, a ser propietarios de una casa y otra de veraneo, a tener los móviles más sofisticados, a vestir ropa de marca, a salir de copas, a tener una boda multitudinaria.. Si uno no dispone de los posibles para ello, el sistema financiero provee y se ocupa de hacernos creer que todo funciona correctamente. Muy pocos, solo los marginados, se ven privados de tomar conciencia de este estado que consideramos algo sustancial a la vida misma Internet nos inunda con propuestas de consumo, todas ellas basadas en la venta masificada y la mayoría nos encajan, porque de alguna forma nos vemos espiados en nuestros gustos y aficiones por los sistemas técnicos más insospechados. Por mucho que critiquemos el sistema, al que una mayoría consideramos, abusivo, corrupto e ineficiente, en nuestro foro

interno, nos sentimos salvaguardados y confiamos a ciegas en él, sin pensar en todas las amenazas que le acechan y sin reflexionar en torno a las razones de porque vivimos así; como Pangloss en Candide, confiamos en el futuro y no nos planteamos que en algún momento todo pueda cambiar y ahí estriba nuestro mayor error como sociedad. Lo que hoy en día prima en el orden de valores de nuestros gobernantes es como mantener a toda costa esa plenitud material que caracteriza a nuestra sociedad, unos con un sesgo más social, otros primando más el mercado y el lado empresarial, pero todos, dando prioridad a lo inmediato y cuidando que la masa social siga manteniendo el nivel de consumo que precisa el mismo sistema para seguir rodando. En este sentido, por mucho que hasta ahora haya habido ciertas crisis, en ningún momento el individuo, la masa social y mucho menos las minorías dirigentes, han dudado que el sistema algún día pudiera colapsar. Todo nos parece garantizado y, cuando se produce algún cambio, nunca es sustancial y está siempre encaminado a que el mundo mantenga en el mismo rumbo.

Sin embargo desde el atentado de las Torres Gemelas en septiembre 2001, el mundo ha mostrado sobrados síntomas de resquebrajarse, se ha hecho menos previsible, sin duda parece menos protector y así lo siente el individuo, el cual ha empezado a clamar por el deterioro de lo que considera sus derechos naturales. El mundo se sobrecogió cuando por televisión contempló los aviones traspasando los rascacielos de Nueva York y en alguna medida el derrumbamiento de los edificios pudo interpretarse como una señal del desmoronamiento de Occidente. Sin embargo a pesar de la sucesión de los atentados de Al Qaeda y la diseminación de las ideas yihadistas entre los estados islámicos, el individuo olvidó con relativa facilidad y tras un par de años de apretarse el cinturón, siguió con su sempiterna rutina. Poco después se vio atrapado por

el crack en bolsa de las empresas puntocom y en 2007 por la crisis de las hipotecas subprime, cuando el mundo financiero se desplomó en un instante con la quiebra de Lehman Brothers, llevándose el ahorro de muchas economías familiares y trayendo consigo el consecuente rescate de las economías mediterráneas. Todo ello era sin duda previsible, pero nadie lo supo atajar a tiempo, y a posteriori nadie se ha atrevido a embridar a un sistema básicamente corroído por el ánimo de lucro desmesurado, la especulación, el engaño institucionalizado y el uso fraudulento de las normas. El sistema acomodó la legislación a nuevas exigencias para seguir funcionando básicamente igual. Al final del primer decenio del siglo XXI el estallido de una oleada de guerras civiles en África y Oriente Medio, la primavera árabe 2010, en Egipto, Libia, Túnez, Argelia... unido a las cruentas guerras en Siria e Irak, presionaron a hordas de inmigrantes hacia Europa, amenazando su equilibrio social y alimentado la aparición de los partidos ultraderechistas que acaparan en ciertos países la mayoría del voto del descontento, cosa inconcebible a finales del siglo XX, con el consiguiente desgaste para los partidos tradicionales, la denominada "casta", por su falta de sintonía con el pueblo. Todo ello se ha visto culminado en Inglaterra, con un sonoro portazo a una Europa, el Brexit, algo que nadie creía pudiera ocurrir y va a terminar siendo un acontecimiento secundario en el año 2020; en España, siempre diferente, con la aparición de un nacionalismo catalán transformado de buenas a primeras en independismo y en Francia, siempre revolucionaria, con la eclosión de los chalecos amarillos que claman por la despreocupación del "stablishment" por el campo y las ciudades de provincia.

El año pasado un presentimiento sobrecogió a todos aquellos que gozamos de una cierta sensibilidad cuando ardió Notre Dame de Paris, todo un símbolo del Alma occidental. Como pudo ocurrir algo así en un mundo tan

lleno de normativas y protocolos de seguridad? Los muchos transeúntes que contemplaban absortos la Catedral en llamas eran paradójicamente los mismos que están ahora confinados en París. Nadie salía de su asombro, todos sentíamos una pena y angustia irrefrenable, porque algo muy profundo de nosotros mismos se había sepultado bajo sus cenizas: la seguridad en nosotros mismos, de seguir siendo dignos portadores de los valores occidentales.

Como un signo divino, la aguja de 96 m de Viollet-Le-Duc se desplomó ante nuestros ojos, como dieciocho años antes cayeron las Torres Gemelas en Manhattan, sin embargo ninguna de estas señales fue lo suficientemente nítida para alertar a las clases dirigentes de que algo tenía que cambiar, de que nuestra civilización corría peligro. La masa social a pesar de su aparente descontento ha seguido confiando en que el sistema nunca iba a colapsar y la clase política, preocupada de mantener sus feudos electorales, ha preferido enmascarar la situación y dirigir su mirada, hacia cuestiones cortoplacistas que seducen mucho más al electorado. Ninguno ha querido hincarle el diente a los problemas de fondo, el sistema de pago de pensiones, la inmigración, la falta de una unidad europea en la toma de decisiones en los momentos cruciales, el problema de los nacionalismos, el empobrecimiento de las ciudades de provincia, el sobredimensionamiento de la administración..., sin advertir que estos problemas siguen ahí, solo han sido aparcados, haciéndose cada vez más difíciles de abordar y que además la situación puede súbitamente incluso empeorar por la aparición de un "cisne negro", algo imprevisto, no calculado.

Todo parecía por lo tanto conjurarse para que algo de una naturaleza universal y de carácter inexorable irrumpiera, colisionando contra la línea de flotación del sistema y que, por primera vez en este siglo, afectase de

forma directa, radical e inmediata a todos los individuos de cualquier raza, clase o nación. La reiterada falta de previsión de aquellos que nos gobiernan, nuestro "panglossianismo", unido a un mundo cada vez más global, ha sido el caldo de cultivo ideal para que se cumpliera lo que muchos científicos habían previsto como una de las grandes amenazas inherentes a un universo tan interrelacionado como el nuestro: una pandemia mortal. Un fenómeno natural que históricamente ha devastado pueblos y hecho sucumbir civilizaciones milenarias.

A primeros de Enero llegaron las primeras noticias de que en China, la otra gran amenaza para Occidente, un virus, el coronavirus SARS-COV-2, crecía por momentos. El gobierno chino declaraba estados de alerta y el confinamiento de regiones enteras, vimos por la televisión como las familias eran separadas por la fuerza de sus seres queridos. Todo ello nos causó estupor, pero nadie, le prestó una atención mayor que a cualquier terremoto o maremoto de un territorio lejano. Ningún país puso en marcha protocolos de protección, ni la OMS advirtió claramente del riesgo de una pandemia y así el virus en menos de dos meses puso de rodillas a todo el universo. En Italia a finales de Febrero todavía se creía que el virus era parecido al de la gripe; una semana después confinaban Lombardía y prohibían los niños ir al colegio; ya se empezaba a escuchar con horror que en las ucis italianas se seleccionaban a los pacientes por su edad, algo que según parece ya estaba en los protocolos médicos de atención sanitaria intensiva, pero que nadie sabía y ni podía imaginar que pudiera existir en una sociedad tan proteccionista como la nuestra. Nuestro desconocimiento de lo que es una crisis sanitaria era total.

Ahora, tras dos meses de pandemia, con más 2.500.000 de afectados y casi 200.000 muertos, una economía cerrada, una población confinada, unos

gobiernos con plenos poderes, en todo momento sobrepasados por los acontecimientos, primando las vidas a la economía; Qué nos queda de ese estado de plenitud material del que hablamos al inicio, cuando nuestro activo máspreciado, nuestra libertad, se ha visto cercenado de tal forma?

De buenas a primeras se acabó el relacionarse con los mayores, el ir al colegio, a la universidad, el disfrutar de una velada con los amigos, el ir de compras, el viajar. Los museos están clausurados. No hay acontecimientos deportivos ni conciertos. Toda relación social directa se ha interrumpido y no sabemos cuando se reanude, no podemos prever hasta donde va a seguir interviniendo el estado para controlarnos con el fin de protegernos. Lo único que tenemos claro es que por primera vez tenemos miedo, miedo a salir, a decidir por nosotros lo que queremos hacer, a expresar nuestro cariño y por eso mismo claudicamos ante las imposiciones cercenadoras de nuestra libertad por parte del gobierno, hipotecando nuestro futuro, pensando que en algún momento las cosas volverán a ser como antes y ahí radica nuestro error. Si queremos salir victoriosos de este desafío que la naturaleza misma nos ha impuesto, tenemos que asimilar como individuos, como trabajadores u empresarios que nada va a ser igual y que ante estas catástrofes, si el mundo quiere realmente progresar, debemos reaccionar acometiendo un salto cualitativo a todos los niveles, poniendo en cuestión verdades que nos parecían hasta ahora inmutables y desenmascarando las muchas carencias de un sistema que, por muy protector que pudiera parecernos, estaba dando sobradas muestras de estar periclitado.

Qué lecciones podemos sacar de tan cruenta experiencia? Cómo podemos a salir más fortalecidos?

La primera y fundamental es que tenemos que intentar aprender a identificar cuáles son los problemas de nuestro tiempo, en que medida pueden afectarnos y tener una opinión objetiva sobre ellos. Tenemos que fomentar el interés y la sensibilidad por lo público, por como está organizado el sistema y no solo por todo aquello que nos afecta en la esfera privada. No podemos seguir gozando de este estado de plenitud material que nos ofrece el sistema como si de un maná se tratase, sin en alguna medida esforzarnos por comprenderlo y mantenerlo. Esto agudizará nuestra capacidad de previsión como individuos, nos hará pensar menos en nuestro problema particular y más en cómo podemos contribuir a solucionar los problemas de la sociedad, aunque solo sea con nuestro voto e impuestos, lo que sin duda revertirá en beneficio nuestro. En este sentido, si lo que se ha hecho notorio es la falta de un sistema sanitario acorde a nuestra población y a los desafíos sanitarios de hoy en día, debemos de razonar en consecuencia y aceptar que parte de nuestros recursos deben de ir encaminados prioritariamente a incrementarlo. No es solo una cuestión del Estado, es algo que debe estar dentro de nuestras prioridades particulares. De aquí que, al gobernante se le deba exigir que optimice la asignación de los ingresos del Estado, acometiendo por ejemplo una decidida e ineludible reforma de la administración y solo si ésta no es suficiente, se pueda pedir al ciudadano que soporte una mayor carga impositiva dirigida a mejorar deficiencias del sistema. Así mismo debemos de estar conscientes que los Estados pueden quebrar, su sistema de pensiones no estar suficientemente bien garantizado, de ahí que tengamos que hacer sacrificios a nivel individual para que pueda tener una sostenibilidad. No podemos admitir que los partidos y gobiernos, por cuestiones puramente electoralistas, no se atrevan a tratar este problema, como tampoco puede ser que propongan en España, por esa misma razón, cuestiones como una renta mínima de subsistencia permanente sin tener claro cómo se va a financiar y en que

medida puede afectar al reparto de los recursos del país. No podemos dejarnos engañar de esta forma. Para ello debemos ser capaces de distinguir un gobierno manipulador y populista de otro que es sencillamente responsable de sus actos como gestor de lo público. Como tampoco podemos creer que ese estado de plenitud, que muy pronto añoraremos, se puede volver a recobrar sin el esfuerzo compartido de empresarios y trabajadores y, desde luego, nunca subvencionando la pasividad de los ciudadanos, si no, todo lo contrario, premiando al trabajo y a nuestra capacidad de asumir riesgos.

Por otro lado debemos valorar a los gobernantes por su eficacia y no tanto por su ideología, algo que en estos momentos de crisis, debe pasar a un segundo plano. En este sentido está claro que una vez termine la pandemia, la sociedad va a medir como ha actuado cada gobierno por los resultados y la forma en que ha sabido comunicar con el pueblo. El gobernante demagogo, normalmente el mas preocupado por su imagen, se habrá guiado por criterios puramente ideológicos y habrá centrado su gestión en proteger a los más desfavorecidos, soslayando las repercusiones a medio y largo plazo de sus decisiones; el gobernante maquiavélico, el más peligroso para el pueblo, porque tiende a seducirle con medidas populistas, utilizará la pandemia en su provecho para perpetuarse en el poder, despojando de todos los recursos y oportunidades al individuo, para luego subsidiarle con una renta mínima que le permita sobrevivir sin trabajar, convirtiéndose en su salvador y agregarle así a su nicho de votantes; el tecnócrata habrá tratado la coyuntura con la frialdad y la técnica del cirujano que se enfrenta a un paciente en crisis, pero quizás le habrá faltado empatía con el pueblo y el buen estadista, asesorado por técnicos, será aquel que habrá tomado las medidas adecuadas a tiempo, actuando con determinación para asegurar al ciudadano un nivel seguridad sanitaria que mitigue los efectos devastadores

de la epidemia, exigiendo sacrificios a sus ciudadanos, pero solo los justos y necesarios y sabiendo muy bien transmitir el carácter temporal de los mismos y la confianza que tras el túnel hay futuro y no más sufrimiento. Sin duda se va confrontar el modelo democrático al autocrático y en que medida ha tenido uno más éxito que el otro en su lucha contra el virus. En este sentido tendremos que agudizar nuestra capacidad de análisis, porque, si bien es verdad que los sistemas más imperativos, tipo Rusia y China, pueden ser mas resolutivos y mas eficaces en tiempos de crisis, no menos cierto es que nuestros derechos y libertades así como nuestro bagaje sociocultural están mucho más garantizados bajo regímenes democráticos de corte occidental. En los periodos de crisis e incluso más en los que les siguen, el peligro radica que los cantos de sirena de los partidos populistas se adueñen de la política e intenten seducirnos con discursos demagógicos. Van a salir a la luz todas las carencias, tanto de los modelos políticos como de las naciones y de los propios organismos internacionales. Se van a comparar las políticas qué han permitido a ciertos países estar mejor preparados que otros para afrontar este escenario. Se va a cuestionar cual ha sido la respuesta de la UE, siempre desafortunada y algo mezquina en primer término, para luego convertirse en un salvador incómodo de las economías más desfavorecidas y, probablemente, el liderazgo de estados Unidos empiece a decaer surgiendo un nuevo orden mundial. Todo dependerá de su capacidad de respuesta. De todo ello surgirán modelos ganadores y perdedores. Pero siendo la pandemia algo que ha afectado tan directamente al ciudadano, éste debe cuestionar, con toda libertad y sin prejuicio alguno, el sistema que nos ha llevado al colapso y como se han comportado los modelos políticos ante un desafío de este calibre. Quien lo sufre es el individuo y del individuo tiene que salir la regeneración del sistema.

Por último, lo natural será que apreciemos más aquello que más hemos echado en falta durante este confinamiento; la ausencia de relación humana, el contacto afectivo, con nuestros mayores, con los amigos, con la novia y en que medida las relaciones virtuales no nos llenan de igual forma. Habremos aprendido que no es suficiente chatear, que el calor está en la compañía y el valor en la fuerza del cariño y la libertad de expresarlo. Es cierto que en el ámbito laboral muchos dicen que se tenderá a formulas de teletrabajo y a las videoconferencias. Sin duda es una solución temporal que permite una mejor sincronía con las tareas familiares, pero a largo plazo no se puede reducir la vida social al núcleo familiar. El peligro es enorme porque propicia otra de las amenazas más acuciantes de la sociedad moderna, la soledad. La soledad de los mayores, de los matrimonios mal avenidos, de los jóvenes solteros. De aquí que la tendencia a trabajar en casa y a fomentar las relaciones telemáticas por miedo a relacionarse de forma personal, no deba ser una alternativa al trabajo en la oficina, si no un complemento. La forma de salir exitoso de esta crisis está justamente en superar el miedo, adaptándose a los nuevos condicionamientos y usos llevando mascarillas, geles, respetando distancias mínimas, aceptando la medición de temperaturas y el sometimiento a tests periódicos, sí, pero no renunciando a lo que mas nos distingue como seres humanos, nuestra capacidad de comunicarnos, mostrar entusiasmo en compañía, bailar, oír música en compañía, disfrutar de una buena sobremesa en la mejor compañía, practicar deportes de equipo.. Que no piense el gobernante, en su desconexión con la realidad, que el individuo va a renunciar a ello; cuanto más dure el confinamiento y más estricto sea, más va a necesitar relacionarse y expresar sus sentimientos. Todos vamos a estar ansiosos de hacer lo que nos gusta, caminar por la montaña, "salir de marcha", ver museos, hacer turismo aunque sea en el ámbito de su ciudad o su país.

El buen gobernante, el líder, es el que sabe infundir esperanzas en los momentos de crisis y donde están sus límites. Por eso debería, desde el primer momento de la dominada "desescalada", garantizar de una forma clara las condiciones de salida de cada uno de los sectores, marcando un plazo razonable para cada uno; explicar cómo debe desarrollarse, pero nunca excluir de ella ámbitos tan esenciales para nuestra economía y la salud mental del individuo como el ocio, la hostelería, la cultura y los deportes, por miedo al repunte de la epidemia. Porque llegará un momento en que el individuo pierda el miedo, tenga ganas de vivir de nuevo y no será fácil cercenar su libertad si no se transforma el Estado en policial, lo que nos llevaría a un retroceso de consecuencias incalculables. El gobernante, de la misma forma que está obligado a proteger la salud con un sistema sanitario ad Hoc, debe de encauzar y no limitar estas ganas de vivir que todos vamos a sentir de nuevo, si cabe con mayor intensidad que antes, porque ahí estriba la clave de nuestra recuperación. Porque tarde o temprano se encontrará la vacuna o estaremos inmunizados y la vida seguirá...

Los chinos, nuestros rivales nos inundan con imágenes que prueban que la vida vuelve a una cierta normalidad, los centros comerciales, los museos, las discotecas, abren con unas rígidas condiciones, pero da la sensación que vuelven a vivir y, sin duda, parece que quieren darnos una lección. No dejemos que nos ganen la partida. Nuestra civilización, nuestro modo de vida, puede superar este trance con entereza, rechazando cualquier tentación totalitaria, confiando en la capacidad de reacción individual del ciudadano, del trabajador, del empresario, del mundo de la cultura, demostrando que esta vez, sí, tras un periodo de crisis, somos capaces de regenerarnos, partiendo de nuestros valores occidentales, afín de coger impulso y dar ese salto cualitativo que tanto necesita la sociedad moderna.

El hombre sin proyecto es como un pájaro sin alas, puede sobrevivir durante un tiempo, pero nunca volver a volar; de qué sirve cuidar su salud, si se le condena a la miseria y a dejar de ser el mismo.

Y así el mundo resurgirá desde la levedad del ser como el ave fénix de sus cenizas.